CELESTE BARBÉ

LA TETERA



Áurea Ediciones

© La tetera
Sello: Tricéfalo
Primera edición: Abril 2024
© Celeste Barbé
Edición general: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Camilo Palma
Corrección de textos: Gonzalo León
Diagramación: Marcela Bruna
Diseño de portada: Marcela Bruna

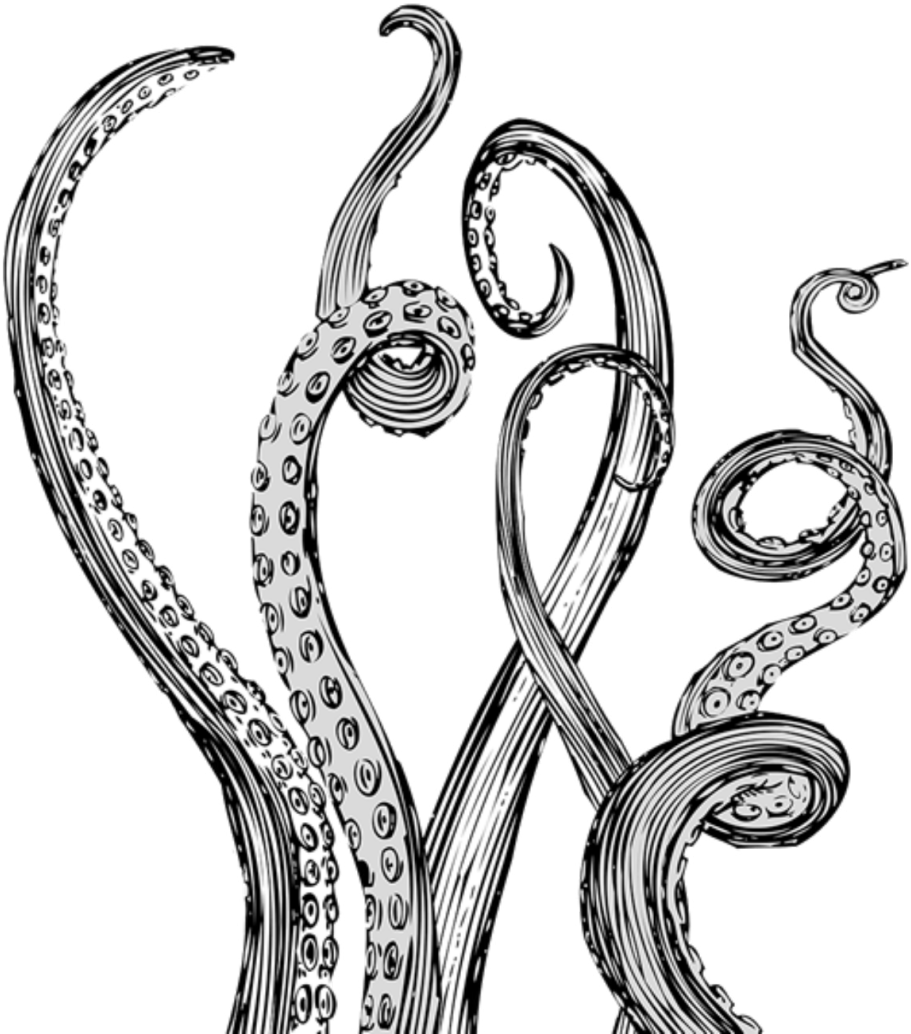
© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN:
Registro de Propiedad Intelectual: 2023-A-12274

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

A mi pilar más importante, mi familia: Manuel, Carola, Sabrina.
A mi bisabuelo, aquí está ese libro con tu apellido, como soñaste.

Words are, in my not-so-humble opinion, our most inexhaustible source of magic.

—Albus Dumbledore, Harry Potter.



INTRODUCCIÓN
LA TETERA



Si hay algún rasgo particular que pudiésemos resaltar en el viejo Astor era su prominente barba blanca, unida por las patillas a una envidiable cabellera que, aunque mantenía y conservaba con orgullo aún en su avanzada edad, en ese momento se encontraba mojada y enmarañada. Había tenido que apaciguar el mareo con mucha agua directamente en la cara, pues estar tanto tiempo a bordo ya no parecía tan divertido como en sus buenos años.

Con cada arruga y cana que salía en su rostro, él sentía que el movimiento de las olas le iba causando más vértigo y una sensación hueca en su estómago se apoderaba de él cada vez que se animaba a subir a la cesta en lo alto del mástil, trabajo que ya les dejaba frecuentemente a otros tripulantes más jóvenes.

Era una tarde particularmente oscura, la neblina alrededor no dejaba ver nada, por lo que comprobó al salir de su camarote que el barco estaba totalmente detenido y los tripulantes se encontraban haciendo lo que mejor sabían, fingir que hacían algo útil mientras perdían el tiempo.

La madera vieja de La Tetera crujía con el sonido de las botas negras del capitán recorriéndola a paso firme, acompañado por el vaivén de pies, patas y tentáculos que paseaban de proa a popa. Algunos terranos estaban en una

esquina, sentados alrededor de un balde apostando sus raciones de ron y gritando cada vez que una de las piedras que arrojaban no caía donde se suponía, pero se retrajeron por completo al darse cuenta de la pesada mirada de Astor sobre ellos.

Así, se hizo paso entre los tripulantes que poco a poco empezaban a ser más productivos que a fingir que lo eran, puliendo sus armas, yendo a verificar las municiones, raciones de comida, o bien limpiando el espacio.

Se detuvo en el centro del mástil mayor, al lado de Brush, quien, aunque medía hasta tres cabezas más que el viejo, se encorvaba frente a la imponencia que mostraba, y se refería a él con la voz más solemne.

—No lo encontrará aquí abajo —le dijo con su característico siseo, que se acentuaba entre más bajo tratara de hablar—. Ya lo conoce, lo suyo son las alturas, mi señor.

Con su verde y escamosa garra, señaló hacia arriba de ellos. En lo alto del palo, sentado en pleno soporte de vela, estaba el hijo menor de Astor, Lucas.

—No tengo intención de buscarlo, vine a ver a mi gente; ya los vi, ya me voy.

—Como diga, capitán. Por cierto, ella está haciéndolo otra vez.

Las arrugas alrededor de los ojos de Astor se contrajeron levemente, pero si no fuese por la viveza de Brush en captar movimientos y detalles, ni siquiera se habría notado. Su fiel reptil segundo al mando conocía lo suficiente al capitán para saber lo que pensaba, antes incluso de que éste lo hiciera.

—Está en su camarote. ¿Quiere que vaya por ella?

—No, ya iré yo. Gracias Brush, y asegúrate de que trabajen más de lo que juegan, no quiero pasar más tiempo

del necesario en estas aguas.

—Tan pronto se disperse la neblina emprenderemos rumbo de nuevo, por ahora sería imprudente.

Astor se dirigió hacia los camarotes principales, haciendo lo posible por no venirse en vómito con el movimiento insistente de las olas mientras subía las escaleras hacia la parte superior, pues los camarotes del capitán, segundo al mando y generales estaban posicionados detrás del timón del barco, en la popa, los únicos privados en La Tetera.

"La Tetera", vaya nombre tan ridículo. Aún ahora, a veces mira al cielo para insultar en silencio a su viejo amigo por convencerlo (en ese tiempo como un chiste) de bautizar así el barco, pero después de su muerte no tuvieron corazón para llamarlo de otra forma, La Tetera sería siempre su legado.

El lado izquierdo estaba totalmente a oscuras, con los camarotes del capitán y Brush cerrados, mientras que el lado derecho, la habitación compartida de sus dos generales, se veía iluminada por la luz de las velas que titilaban en el reflejo del cristal, aunque estaba lo bastante sucio como para no poder distinguir hacia el interior. La puerta entreabierta hizo un ruido chirriante apenas Astor la tocó y se dispuso a pasar a la habitación.

—Lucas está otra vez en las nubes, perdiendo el tiempo, creí que lo tendrías bajo control.

No tuvo respuesta.

Se sentó en una pequeña silla que había junto a la puerta y se sacó el parche negro que tapaba su ojo derecho, un viejo truco que le servía muchísimo en sus mejores años, para acostumbrar rápido la vista en lugares oscuros, pero que ahora, también le resultaba inconveniente a veces.

—Sabes que no puedo estar detrás de él todo el día. Comenzando porque ya ni puedo imaginarme cómo subir hasta allá, lo cual me parece un requisito importante para bajarlo a rastras, ¿no crees?

Pero la habitación siguió en silencio casi en su totalidad, lo único que rompía aquella calma eran las bruscas pasadas de una tiza encima de la enorme hoja que Astor podía ver frente a él, tapada en parte por una rebelde melena castaña.

—Ya bajará, tiene casi tan poca tolerancia a los mareos como tú —respondió Alba, sin quitar la vista ni las manos de la pintura que estaba haciendo en el enorme papel.

—No puedo esperar a que él quiera hacerlo o se vomite, se supone que para eso estás tú… En parte, claro... —añadió cuando la chica quitó la vista de la pintura para lanzarle una mirada acusadora— ¿otra vez ella? —preguntó Astor.

En el lienzo que Alba estaba pintando, se apreciaba el rostro de una hermosa mujer, cercana a la edad madura, de pómulos fuertes, cabello rizado y abundante. Sus ojos, al igual que el resto de la pintura, carecían de color, más que el negro de la tiza, pero aun así tenían cierto brillo, era casi como si estuviese a punto de salir una lágrima de ellos.

En múltiples ocasiones Astor le había confesado a Alba que admiraba el talento natural que tenía, pero la verdad es que nunca había hecho nada tan hermoso como las obras donde pintaba a la misteriosa mujer que tantas pesadillas le causaba a él y tanta curiosidad generaba en Alba.

—Sí, anoche volví a soñar y quise, bueno…

Astor no estaba seguro de si ella no encontraba las palabras para explicárselo, o solo no se estaba concentrando lo suficiente en mantener conversación con él, así que la dejó en paz.